Editorial

CONTEXTO INTERNACIONAL
Año 10 Nº 32 / Noviembre - Diciembre de 2011

COORDINACIÓN GENERAL CEPI
Carla Morasso

DIRECTOR EDITORIAL
Germán Martínez

CONSEJO EDITORIAL: Juan Pablo Mordini, Emilio Ordóñez, Juan Ignacio Percoco, Cecilia Rubio

DISEÑO:
Cecilia Rubio

STAFF: Graciela Capisano, Julieta Ceresole, Florencia Fantin, Griselda Fernández, Matías Ferreyra, Lucila García, Luciano Herrero, Paula Liveratore, Agustina Lovera, Agustina Marchetti, Ana Mucci, Rocío Novello, Rafael Pansa, GonzaloPascual, Juan Ignacio Percoco, Luciana Rodríguez, Nabih Yussef Samsón, Maricruz Scotta, Romina Viale, Fabián Vidoletti.

CONTEXTO INTERNACIONAL (ISSN 1851-7900) es una publicación del **CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS E INTERNACIONALES** perteneciente a la **FUNDACIÓN PARA LA INTEGRACIÓN FEDERAL**

FUNDACIÓN PARA LA INTEGRACIÓN FEDERAL: Entre Ríos 583 1º piso dpto. B
CP 2000 - Rosario - Santa Fe - Argentina.

Tel/Fax: (54) (0341) 440-0925 / 440-8968

E-mail: cepi@funif.org.ar
rosario@funif.org.ar
URL: http://www.fundamentar.com

En este mes de diciembre se cumple el aniversario del inicio de la Primavera Arabe, un proceso que, aún en curso, promete cambiar toda la fisonomía política de la región del Norte de Africa y Medio Oriente. En medio de la vorágine informativa en torno a los constantes disturbios en Egipto o Siria, se tiende a olvidar que el catalizador de todo este verdadero movimiento transformador fue un joven universitario tunecino, desempleado, dependiente de la venta ambulante de verduras, que luego de sufrir apremios policiales decidió poner fin a su vida prendiéndose fuego frente a la alcaidía de su ciudad. Este solo hecho desató un vendaval que no sólo acabó con una dictadura familiar de casi 30 años de antigüedad en el poder, sino que se extendió a otros gobiernos del mismo tenor en Egipto, Libia y Yemen, y que ahora parece apuntar a Siria, en una dinámica que está lejos de concluir.

El cambio que propone la Primavera Arabe abre numerosos interrogantes y destierra viejos preconceptos. Los interrogantes van de la mano del mismo destino de este movimiento. Al mismo tiempo que esta edición de Contexto Internacional sale a la luz, todavía hay enfrentamientos en la ya emblemática Plaza Tahrir, en El Cairo, así como también continúa la represión contra manifestantes en Siria. Más allá de las particularidades de cada país con respecto a sus diferentes movimientos sociales, aún está por verse cual es el signo político que tomarán los nuevos gobiernos egipcio, tunecino o libio, su posición frente a los imperativos de la agenda regional y sus relaciones con las grandes potencias. En última instancia, la dinámica del proceso todavía no permite ver con claridad cual será la configuración que adopte en el futuro. Las riquezas naturales del norte africano y el carácter decisivo de la política en Medio Oriente hacen que este interrogante adquiera suma importancia para los tomadores de decisión de los centros de poder mundial.

Por otro lado, las imágenes provenientes de El Cairo o de Bengasi dan cuenta del fin de un viejo estereotipo alentado por las potencias occidentales: la incapacidad de los movimientos democráticos para asentarse en una región donde política y religión toman formas difusas e instrumentales, formas a las que la sociedad civil se sometía resignadamente. Este ejercicio de construcción icónica sirvió durante décadas como justificación para apoyar dictaduras elegidas plebiscitariamente en elecciones fraudulentas cada cierto tiempo, con el objetivo declarado de contener al fundamentalismo islámico. Lo cierto es que esta misma sociedad civil, al desafiar a los aparatos represivos gubernamentales, dio por tierra con esta imagen.

Por supuesto, detrás de estos aprestos de cambio se encuentra la marca de la crisis económica internacional, que aquí se tradujo en la suba de los productos de consumo básico, en el marco de sociedades altamente desiguales, atacadas por una corrupción endémica en las más altas instituciones e imbuidas del más puro neoliberalismo económico. Desde este mismo espacio se ha repetido que la crisis ha acelerado los cambios de tipo superestructural a nivel internacional: la pérdida de poder relativo de Estados Unidos, el riesgo de bancarrota que amenaza la moneda única europea, el ascenso de los emergentes a caballo de instrumentos como el grupo BRICS, y el cambio del eje de poder desde el Atlántico al Pacífico con China como nuevo polo, todas comparten el rasgo de ser a la vez causa y efecto del marasmo económico mundial.

En este punto resida, tal vez, algo del carácter inesperado de la Primavera Arabe, y esto provee una explicación a la incapacidad por parte de Estados Unidos y Europa de predecir estos sucesos y, una vez ocurridos, interpretar su sentido por fuera de los paradigmas habituales. En el

camino, debieron renegar de sus antiguas alianzas con los líderes regionales e improvisaron soluciones de compromiso, de las cuales el mejor ejemplo es el de la junta militar que hoy gobierna Egipto, o intervenciones armadas -como en el caso libio- sin que se sepa a ciencia cierta el verdadero grado de influencia de los poderes centrales en la orientación política de estos gobiernos. La búsqueda de nuevas soluciones de compromiso y una batalla entre sordinas por mantener esferas de influencia es lo que, en última instancia, permite que la represión del régimen sirio siga su curso.

Sin embargo, es posible trascender el espacio geográfico propio de la Primavera Arabe y mirar desde otra distancia lo que ocurre en otras latitudes, con la crisis internacional como telón de fondo, tratando de buscar un sentido a los hechos en apariencia dispersos. Tanto las manifestaciones llevadas adelante en Europa, las cuales dieron origen al Movimiento de los Indignados -y cuyas protestas fueron llevadas luego a Israel o a la misma Wall Street- como las manifestaciones estudiantiles con epicentro en Chile tienen un punto en común con las masas reunidas en la Plaza Tahrir: la percepción de que lo que está en juego es en qué medida la sociedad civil tendrá injerencia en lo concerniente a la gestión de su propio futuro.

Desde el reclamo de mayor democracia en Egipto, pasando por la crítica de los Indignados a los gobiernos coaligados con el sistema financiero en Madrid, Roma y Washington, hasta el reclamo de una educación gratuita y de calidad por parte del movimiento estudiantil chileno, detrás de cada uno de estos movimientos existe una crítica que trasciende al modelo de acumulación vigente, cuestionando al renovado neoliberalismo y a la tendencia cada vez mayor a hacer política prescindiendo de su materia prima -la ciudadanía- y buscando la aprobación de las calificadoras de créditos. De aquí surgen tanto los acuerdos de cúpulas que prologaron los cambios de gobierno en Grecia e Italia, como las medidas tomadas por los gobiernos salientes y entrantes en España. Estas medidas, que se propagan por Europa como la receta que salvará al euro, tienen como principal víctima a una juventud que ve como su futuro es despojado en instancias de las cuales no participa ni simbólicamente en términos de consumo, ni políticamente en terminos de decisión. Esto genera un escenario en el que se conjugan dos opciones: la radicalización política de derecha o la búsqueda de alternativas con diverso grado de organicidad, como los Indignados o el ejempo chileno.

De más está decir que este escenario no se circunscribe a Europa: el Frente Nacional francés, xenófobo y antieuropeo, o la Liga Norte italiana, encuentran su correlato en un Tea Party estadounidense que culpa al Estado y a los inmigrantes de la debacle económica presente. De la misma manera se reproducen diversas modalidades de protesta del otro lado de la verja, con las izquierdas europeas en la búsqueda de una identidad distintiva barrida por el discurso único de los '90 y la crisis económica misma.

En suma, de lo que se habla aquí es de la importancia de la recuperación de la política como herramienta para la mejora continua de la sociedad, procurando incluir a mayores estratos tanto en el mercado como en la mesa política. Este proceso, que en nuestra región se encuentra en pleno auge, se halla en plena construcción la casi totalidad de los países árabes, o en peligro en Europa y Estados Unidos. No es casual, finalmente, que sean mayoritariamente jóvenes, universitarios y desempleados los que llevan adelante estos reclamos multitudinarios: como un calco, replican al estudiante tunecino que jamás supo que, inmolándose, daría un giro de 180 grados a la historia.

EMILIO ORDOÑEZ
Consejo Editorial

Editorial